

# El significado histórico de la pandemia

LA PANDEMIA DEBE SER ANALIZADA DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA, CON CIERTO DESAPEGO, PARA PODER EXTRAER LECCIONES VALIOSAS

JAUME AURELL

La pandemia de 2020 ha traído consigo una aprehensión del presente y una incertidumbre por el futuro como no se experimentaban, por lo menos, desde el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Salvo quienes cuentan ahora con más de setenta años, ninguna de las tres generaciones anteriores hemos experimentado esta sensación tan desabrida de no poder proyectar en el futuro nuestros planes personales, familiares, profesionales o sociales. Es obvio que esta pandemia está generando miedo, sobre todo concretado en la aprehensión aprensión a todo aquello que no se puede controlar y que se puede volver en contra de uno mismo. Toda una sociedad acostumbrada precisamente a tenerlo “todo controlado” se desmorona ahora porque esa obsesión por la previsión se le ha ido de las manos de golpe y plumazo.

Este temor se manifiesta asimismo en una falta de confianza que comienza a ser crónica: falta de confianza en los protocolos de los médicos, falta de confianza en las medidas de los políticos, falta de confianza en la economía por el incesante crecimiento del paro, falta de confianza en el futuro



económico ante el desbocamiento de la deuda pública, falta de confianza en una naturaleza que de repente se ha vuelto hostil. Sin embargo, este umbral tan sombrío, y hasta tenebroso, no nos causa especial sorpresa o aprensión a los historiadores, aunque personalmente podamos lógicamente sufrir sus consecuencias como ciudadanos. En cierto modo nos pasa como a los médicos, que deben tomar una cierta distancia con respecto a la enfermedad, por muy cruda o cruel que sea, precisamente para poderla curar mejor. Alguna vez quizás hemos oído de la boca de los médicos una expresión del tipo: “Qué interesante es

Una sociedad acostumbrada a tener todo controlado se desmorona porque esa obsesión por la previsión se le ha ido de las manos

esta enfermedad...”. A los historiadores nos pasa algo similar: la pandemia está siendo realmente espeluznante, pero debe ser analizada desde una perspectiva histórica, con un cierto desapego, para obtener algunas lecciones valiosas.

Parte de esa “ponderación histórica” viene favorecida por el hecho de que los historiadores siempre apreciamos, en nuestro acercamiento al pasado, una peculiar combinación de “dejà vu” (o, como dice el autor del libro sagrado, “nihil novum sub sole”) y la sorpresa por lo inesperado. Esa es la clave que todo historiador debería saber descifrar, o al menos una

de las preguntas esenciales que en algún momento de su carrera debería afrontar: ¿qué hay de continuo y qué hay que discontinuo en el pasado? En esta dicotomía, cualquier extremismo está condenado al reduccionismo y, por tanto, al fracaso de la interpretación histórica. Quienes, en su esencialismo, piensan que el pasado es pura continuidad, y por tanto no hay nunca “nada nuevo bajo el sol”, pierden de vista el relieve de la historia, que se convierte en algo plano, anodino y sospechosamente repetitivo. Quienes, en su contextualismo, consideran que todo cambia continuamente, que no hay ninguna ley permanente que establezca una cierta estabilidad histórica, corren el peligro de no entender nada, porque si cualquier continuidad desaparece, es imposible también hacer, propiamente, análisis del pasado o interpretación histórica. Lógicamente, pivotar hacia un extremo u otro, tiene connotaciones ideológicas. Los *esencialistas* apuestan por una historia mecanicista, en la que el pasado sería una proyección del funcionamiento de la naturaleza y, por tanto, han tendido a reducir la metodología histórica a la de las ciencias experimentales (el historicismo decimonónico) o a la de las ciencias sociales (los estructuralismos y marxismos de la posguerra mundial). Los *contextualistas*, mucho más en boga en la actualidad, *utilizan* la historia para demostrar que cualquier conducta humana es legítima, precisamente por su condición de novedad. Visto desde otra perspectiva, el debate es el del equilibrio entre naturaleza y espíritu, entre lo permanente y lo cultural.

El sentido común, la experiencia histórica y el análisis sistemático del pasado demuestran que ni



hay leyes que se repiten sistemáticamente en el pasado – puesto que la libertad humana se empeña continuamente en “sorprender” a sus observadores –, ni hay una imposibilidad invencible de hallar continuidades en el pasado. En la historia, siempre hay algo “viejo” (la tradición) y algo “nuevo” (la innovación). Por esto es cierto el adagio que arguye que “la historia nunca se repite”. De esta reflexión surge la primera lección de esta pandemia: es imposible proyectar el futuro, ya que el presente siempre sorprende. El paso del tiempo, la propia experiencia histórica y, sobre todo, el propio análisis sistemático (historiográfico) del pasado, nos ayuda a comprender que cualquier intento de pronosticar el futuro implica el deseo de imponer una determinada visión de las cosas. Quienes vaticinan el futuro, por más pertrechados que estén de “coraza científica”, lo hacen para expandir un determinado estado de ánimo frente a la realidad – una ideología. El futu-

||||||||||||||||||||  
**En la historia siempre hay algo “viejo” (la tradición) y algo “nuevo” (la innovación). Por eso “la historia nunca se repite”**

---

ro es impredecible, como nos lo acaba de demostrar la pandemia. En 2019, nadie se podría imaginar, ni si quiera remotamente, que en 2020 las portadas de los periódicos digitales agrandarían sus titulares con una pandemia, en lugar de con atentados terroristas, crisis financieras, elecciones políticas o grandes acontecimientos deportivos.

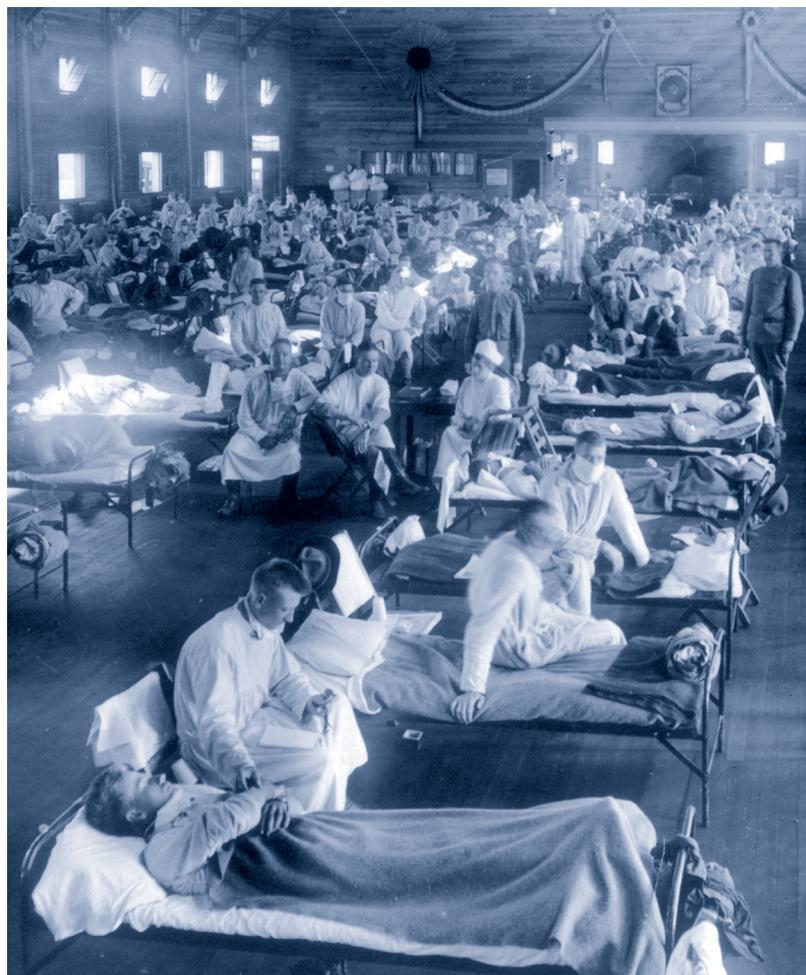
#### **COMPARACIONES ÚTILES**

**A**hora que se hacen encuestas para todo, si preguntáramos a la gente cuáles son los eventos con mayor trascendencia de los últimos cien años, los más citados serían, por orden cronológico, la Primera Guerra Mundial (1914-1918), el crack económico de 1929, la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Revolución del 68, la crisis energética de 1973, la caída del muro de Berlín en 1989, la primera gran expansión de internet en 1991, el atentado de las Torres Gemelas en 2001 y la crisis financiera de 2007. Sin embargo,

la mal llamada “gripe española” de 1918 aparecía sólo marginalmente en manuales y almanaques entre esos eventos más relevantes, hasta que ha estallado nuestra propia pandemia. No sabemos, a ciencia cierta, si, dentro de cien años, la pandemia del 2020 aparecerá sistemáticamente como un evento trascendental del siglo XXI. Nadie duda en la actualidad del impacto tangible y psicológico que ha tenido en nuestras vidas. Pero está por ver si tendrá efectos políticos, económicos o ideológicos tan duraderos como los anteriores eventos reseñados. Probablemente, dependerá sobre todo de su duración o de la existencia de réplicas, algo que nos es imposible prever ahora.

Por tanto, una de las cuestiones sobre la que merece la pena ponderar, sin caer en agoreros profetismos o utópicas demagogias, es: ¿será el mundo *diferente* una vez se haya superado la pandemia, con sus efectos políticos y económicos más directos? La experiencia histórica demuestra que los desastres naturales han incidido notablemente en la evolución de los pueblos. Pero también nos enseña que, por lo general, una vez pasados sus efectos más devastadores, no sólo se han recuperado el ritmo de vida y el nivel material anteriores al cataclismo, sino que incluso ha servido para enderezar tendencias previas (sean de tipo político, económico, social, cultural o ideológico) que convenía revisar. Por ejemplo, muchos historiadores están de acuerdo en que la pandemia de 1348 causó unos efectos devastadores *a corto plazo* en Europa desde el punto de vista demográfico (pérdida de cerca de un tercio de su población), económicos (despoblamiento de las zonas agrícolas más producti-

|||||||||||||||||||||  
**La experiencia histórica demuestra que los desastres naturales han incidido notablemente en la evolución de los pueblos**



vas, baja de rentabilidad), sociales (agitaciones por doquier) y psicológicas (crisis espirituales y eclesiales incluidas). Pero, hacia 1420, buena parte de esas dificultades se habían superado, y Europa se hallaba cerca de su expansión geográfica y cultural más extraordinaria (junto con la época de la colonización del siglo XIX). Más allá de la enorme diferencia de los efectos mortíferos de las dos pandemias –la de 1348 y la de 2020– ambas tienen en común que pillaron muy desprevenida a la población, que se sentía segura de los avances que se habían producido hasta ese momento. Los siglos XI, XII y XIII habían sido de enorme progreso en Europa, por lo que la peste de 1348 tuvo como consecuencia un impacto psicológico y espiritual enorme. Por lo que a nosotros respecta, nos sentíamos seguros con los avances científicos que había experimen-

tado la medicina, y con nuestro impecable sistema sanitario que nos había garantizado nuestro Estado del Bienestar. Uno y otro se han manifestado insuficientes, y esto ha causado un enorme desconcierto que va a obligar a revisar – todavía no sabemos de qué modo – muchas de las pre-asunciones políticas, sociales, económicas e incluso espirituales que teníamos muy asentadas desde los albores de la modernidad: la fe ciega en el progreso científico, la supremacía del confort material sobre el cultivo espiritual, la confianza en el Estado y la estabilidad del capitalismo y, finalmente, el predominio de la acción, la técnica y el cortoplacismo sobre la contemplación, la ciencia básica y el largoplacismo, por citar sólo las más relevantes aparentemente – algunas de ellas ya muy quebradas desde la época de entreguerras del siglo XX. Sostengo que la tarea de

|||||

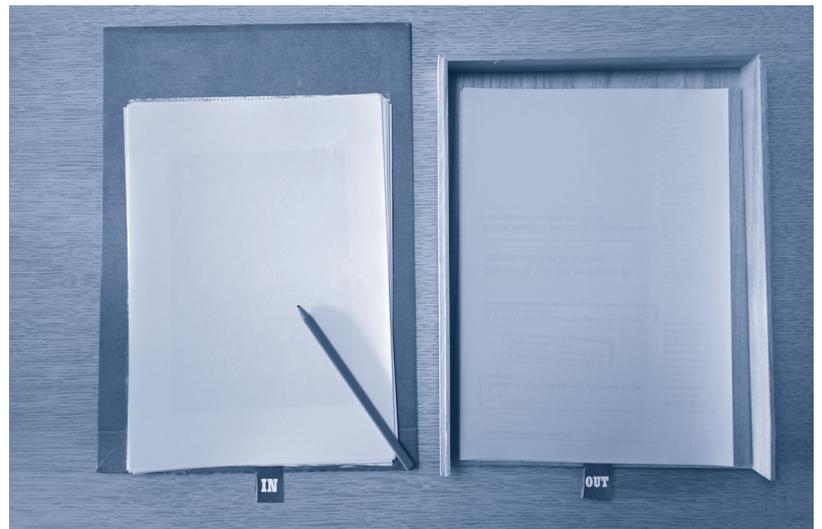
**La pandemia ofrece la oportunidad de profundizar en una globalización política, jurídica, espiritual y económica**

---

reconstrucción tras la pandemia no será tanto un abandono radical de los valores anteriores, tal como están pretendiendo los visionarios oportunistas, utópicos y populistas en la actualidad, algunos de ellos comportándose como verdaderos parásitos cebados en cuerpos exánimes. Debería llegar más bien a través de una ponderada reforma de los ya existentes, para adecuarlos al tiempo presente.

Otro ejemplo es el de la pandemia de 1918. Si nos fijamos, incluso a corto plazo, Europa y Norteamérica entraron en los años 1920 con tal energía de crecimiento que cayó incluso en el artificio que propició el crack de 1929, pero que en realidad no colapsaría hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Otro ejemplo clásico del *cambio de inflexión* positivo que los desastres naturales propiciaron fue el terremoto de San Francisco de 1906. En cambio, el gran terremoto de Lisboa de 1755 ocupa el lugar de privilegio como contra-ejemplo, por sus terribles consecuencias a medio largo plazo para Lisboa y Portugal.

Quizás no es el mejor momento ahora para mostrarse excesivamente positivo u optimista, en medio de la sacudida que está constituyendo una pandemia que, en el momento en que escribo estas líneas, nadie sabe a ciencia cierta cuando terminará lo que es peor, cuánto tiempo se alargará. Pero, personalmente, prefiero una visión ponderada de las cosas, porque la experiencia histórica (y el análisis historiográfico) demuestran que las salidas de las crisis por desastres naturales no son tan dolorosas o costosas como las causadas por las personas. Éstas son generadas por la ambición, la ira, la ineptitud, el egoísmo o el cortoplacismo de políticos, eco-



nomistas e ideólogos. Y, a diferencia de los desastres naturales, se prolongan en guerras, masacres, holocaustos, genocidios, injusticias, ideologías y totalitarismos que generan, a su vez, venganzas, represalias y recelos. En este sentido, hay también una oportunidad en esta pandemia: ahondar en una globalización que aúne política, jurídica, espiritual y económicamente al mundo, en lugar de compartimentarlo todavía más. Comprendo que vende más el alarmismo de considerar sólo las consecuencias a corto plazo, pero no puedo dejar de señalar lo que un análisis riguroso y sistemático de la historia nos enseña: la posibilidad de sacar algo bueno de esta pandemia.

#### **LA UTILIDAD DE LA HISTORIA**

**L**os historiadores tenemos el *problema* de que vemos más a largo plazo –precisamente porque tenemos el hábito de ver más a largo plazo en el pasado– que cualquier otro intelectual, político, economista o científico social. Estamos en un momento en que los gobiernos deben tomar decisiones cortoplacistas

porque hay que solventar una situación generada muy grave. Pero esta visión presentista nos causa desazón, porque los historiadores hemos comprobado que finalmente los grandes problemas del pasado se han solventado, no con demagogos y visionarios que buscan soluciones simples, sino con estadistas que tienen una perspectiva de largo plazo. La cuestión clave sería, pues, cómo conseguir conjugar cortoplacismo y largo-placismo, cuando se experimenta una tremenda crisis pandémica, social y económica como la actual. Es verdad que los historiadores no solemos funcionar con recetas simples y decisiones, que corresponden a los políticos. Solemos ponderar la realidad del pasado desde un punto de vista contemplativo. No somos, por ejemplo, científicos sociales, políticos o empresarios, a quienes corresponde aplicar soluciones para el presente.

No he encontrado una mejor imagen de esta distinción (finalmente, entre quienes reflexionan sobre las ideas y quienes tienen la responsabilidad de ponerlas en práctica) que la que describe el

historiador polaco-norteamericano Richard Pipes en su autobiografía *Vixi* (2003). Este especialista en la Guerra Fría cuenta que un día recibió una llamada del jefe de gabinete de Ronald Reagan para proponerle incorporarse a la Secretaría de Estado como consejero para las estrategias a seguir en las tensas relaciones con la Unión Soviética. Después de darle muchas vueltas, Pipes decidió cambiar su apacible y previsible vida de profesor universitario en Harvard por la de consejero político en Washington, básicamente conducido por motivos patrióticos. A los pocos días de incorporarse al trabajo, echó un vistazo a su mesa de trabajo y se dio cuenta de la diferencia de su día a día. Antes, su mesa estaba llena de todos los libros y artículos que debía ir consultando, pacientemente, para avanzar en sus investigaciones. Ahora, solo había dos bandejas encima de la mesa. Una estaba a la izquierda, con el encabezado «IN», llena de los expedientes que habían ido llegando durante el día anterior. La otra estaba a la derecha, vacía, con el encabezado «OUT», esperando llenarse de los expedientes que solventara ese día, que serían recogidos por la noche para trasladarlos a la mesa del siguiente funcionario de la línea de la toma de decisiones, hasta llegar al Secretario de Estado. En el centro de la mesa aparecía solo el expediente en el que estaba trabajando en ese momento. Su nueva tarea consistía, única y exclusivamente, en que los expedientes fueran pasando de una bandeja a otra, del lado izquierdo al derecho de la mesa. Toda la complejidad matizada del trabajo académico se había reducido a la cuestión del «sí» o «no» de las decisiones políticas. Pipes concluía que ambos procedimientos

eran igualmente necesarios, cada uno en su campo respectivo, pero no tenían nada que ver el uno con el otro, cosa que después le ayudó mucho a comprender la sociedad en su conjunto y la adecuada colaboración entre intelectuales y políticos, entre académicos y empresarios.

Pero, más allá de estas necesarias diferencias en el procedimiento, el método largoplacista de los historiadores debería ser más respetado, como lo fue por algunos estadistas –como el ejemplo paradigmático de Winston Churchill– para quienes la historia era una verdadera *magistra vitae*. Creo que sería importante que los políticos piensen también en largo plazo, porque si sólo pensamos en arreglar el problema ahora, podemos cometer una injusticia generacional terrible. Quizás solucionaremos el problema apremiante que nos atañe, pero es preciso reflexionar también sobre qué tipo de mundo pretendemos legar a las siguientes generaciones. No sólo pienso en términos del desbocamiento de algunas deudas públicas que pueden condicionar la vida de las generaciones futuras, quizás lo más visible de las dificultades actuales. También tengo presente la oportunidad de revisar determinadas tendencias particularistas y partidistas que son incapaces de encontrar un consenso en unos momentos tan trágicos.

Otra enseñanza de la historia que conviene retener es que la diferencia entre unas épocas y otras no es tan grande, y que nunca deberíamos menospreciar a ninguna de ellas. Los problemas generados son muy diferentes en cada época, pero siempre guardan una analogía que es preciso descubrir para beneficiarse de la experiencia –para bien y para mal– de quienes nos



Los problemas generales son muy diferentes en cada época, pero siempre guardan una analogía

han precedido. Todas las épocas tienen sus grandezas y sus miserias, pero cualquier mirada por encima del hombro respecto a otra época del pasado suele estar condenada al fracaso. Por ejemplo, a veces se denuesta la Edad Media, pero en realidad –por lo menos hasta que no se generalice una vacuna–, en la actualidad estamos combatiendo la pandemia con los mismos medios con los que se intentaron detener la pandemia en la Constantinopla de Justiniano y la peste negra: el confinamiento y la distancia social. El concepto y la palabra *cuarentena*, que posee obviamente resonancias escriturísticas, se empezó a generalizar en la Venecia en el siglo XIV, que fue la primera ciudad que empezó a organizar una respuesta sistemática y consensuada contra la pandemia. Fueron nombrados

La confianza es necesaria para el consenso. Ninguna sociedad ha podido superar la miseria material ni la mediocridad espiritual sin ella



dos ministros de salud pública, quienes utilizaron este concepto para confinar a los afectados y sus allegados... durante cuarenta días. Finalmente, ¿qué nos enseña la historia en cuanto al desarrollo de esta pandemia, y la de sus predecesoras? El primer punto es muy básico, pero esencial: la investigación científica básica y aplicada, la gran perdedora de los presupuestos estatales, está salvando muchas vidas ahora y es posible que salve muchas más en un futuro. El segundo, la conveniencia de un sector primario robusto. En España, por ejemplo, han colapsado muchas empresas, y algunos sectores se han mostrado insuficientes. Sin embargo, el abastecimiento de bienes primarios como la comida no se ha visto interrumpido, incluso en las fases más agudas del confinamiento, lo que ha garantizado una cierta estabilidad – la falta de avituallamiento es una fuente incesante de descontento, y en no pocas ocasiones degenera en abierta insurrección. El tercer aspecto que me gustaría resaltar es la necesaria revisión de

la función del Estado. Desde los albores de la modernidad, el Estado ha coordinado emergencias sanitarias, ha evitado el colapso económico y ha protegido a los más vulnerables. El problema surge cuando el Estado se aprovecha de una situación extraordinaria, como la que estamos viviendo, para crecer desmesuradamente, cuando precisamente debería ser lo contrario: una vez más, el cortoplacismo se impone al largoplacismo, lo que puede poner seriamente en riesgo la propia existencia del Estado. En conclusión, viendo la historia de las pandemias, también se puede afirmar que la pandemia se presenta también como una oportunidad. La pandemia no es un conflicto bélico. En principio no debería dejar resentimientos cara al futuro, ni divisiones. Ciertamente, habrá repercusiones en vidas, conmociones psicológicas – como sucede también con las guerras – pero se trata de un fenómeno natural, capaz de estimular unidad, solidaridad y cohesión, como se demostró con los espontáneos aplausos hacia el personal

sanitario durante el confinamiento español entre marzo y mayo de 2020. Hay, pues, mucho que aprender de la propia reacción de la gente ante la pandemia. Recientemente, he defendido en mi libro *Genealogía de Occidente* (2017) que la civilización occidental, junto a sus evidentes torpezas históricas, atesora también un enorme caudal en civismo y solidaridad, que habría que volver a activar como lo hicieron los grandes estadistas de la posguerra tras 1945 o los forjadores de la primera Unión Europea. Pero para ello también deberíamos recuperar, especialmente entre nuestra clase dirigente: el valor por la palabra dada, el acuerdo entre lo que se dice y lo que se hace, la honestidad de huir de falsas utopías que funcionan con palabras mágicas, pero que se desmienten en la realidad. Esto garantizaría, por lo menos, una base de confianza necesaria para impulsar los consensos necesarios para sacar esto adelante. Ninguna sociedad ha podido superar la miseria material o la mediocridad espiritual sin esa premisa ●